

## LIVIA Y LOS JOVENES CÉSARES.

Augusto, dueño de sí mismo, dueño de los demás, vivía en apariencia en una gran seguridad, exento de todo remordimiento, al abrigo de toda prueba, en esa tranquilidad de alma que es el término medio entre el egoísmo y la falta de inquietud. Parecía, pues, que una perfecta felicidad había recompensado una vida que no estaba exenta ni de audacia ni de crímen.

Pero, señores, existe la expiación: la hay en todos tiempos, en todas situaciones, y aunque la remuneración del bien y del mal no sea siempre aparente á los ojos del observador, tanto en la historia como en la vida humana, existe un castigo al lado de las faltas que se cometen: esto es evidente en cuanto á Augusto. Si pasais revista á los personajes que vivían en su intimidad, que componían su familia, que eran

para él una esperanza ó un temor, vereis que habia en su vida grandes dolores, suavizados por el egoísmo, pero muy sensibles, y que en la casa imperial habia verdaderas plagas que fueron la expiación del poder que Augusto habia conquistado de una manera á la vez violenta y tortuosa.

Livia y las dos Julias, su muger, su hija única y su nieta, fueron verdaderas plagas para él. Las dos primeras, sobre todo, merecen que se les estudie. Son dos tipos históricos, y podria decir dos prototipos, que de antemano reasumen á la mayor parte de las mugeres y de las hijas de los emperadores futuros, ambiciosas ó prostituidas, malvadas ó desvergonzadas. Tenemos sus retratos, que completan la historia. Empezaré por la emperatriz Livia, que fué, segun Tácito, *una madrastra funesta para la familia de Augusto y para el Estado.*

Augusto habia tenido tres mugeres. En su juventud se habia casado con una persona, apenas núbil, de la familia Claudia, á quien repudió virgen todavía, para casarse con otra romana, pariente de Pompéo, Scribonia, de la que tuvo á la famosa Julia. A su vez repudió á Scribonia, por causa de adulterio, y sobre todo, porque tenia el proyecto de casarse con Livia. Livia, su tercera muger, le habia inspirado una pasión loca; estaba casada con Tiberio Claudio Nero y en cinta de seis meses, cuando Octavio envió á Tiberio Nero la orden de que repudiase á su muger. Los historiadores dicen que esa orden causó un profundo dolor á Tiberio, pero que tuvo que obedecer, no pudiendo oponerse á la voluntad del triunviro. Tácito añade que no se sabe si Livia se prestó ó no á ese divorcio, *«incertum an invitam.»* A los tres meses que Livia dió á luz, se envió el niño á su padre. De este modo Livia llegó á ser con Augusto el personaje mas

considerable del imperio, y para mí, mas considerable que Augusto.

Livia tenia cualidades. No se inspira pasion á un hombre como Octavio, y á un gran señor romano como Tiberio Claudio, sin merecer inspirarla. Varios monumentos atestiguan que era hermosa, y no solo era hermosa, sino muy inteligente y de un espíritu cultivado; amaba las letras, la poesía, las artes; lo prueban los monumentos que hizo construir y los objetos de arte de que se rodeó cuando al fin de su vida se retiró al campo. Tenia ingenio, sangre fria; era una persona superior en la extension del término.

Era honrada, no le quitemos ese mérito, ya que no tendremos mucho que elogiarle. Los historiadores antiguos lo han dudado algunas veces, y el mismo Dion, que ha hecho el elogio de los emperadores, parece proponerse una cuestion cuando habla de la honradez de Livia, diciendo que ocultó lo bastante su vida para que nada se haya podido probar. No creo que se deba abrigar esta duda. Necesario es dejar á Livia la castidad, que no está en contradiccion con su carácter, y que al contrario lo completa. Habia, en efecto, en ella, aspiraciones tan altas, que en nada tenia las emociones subalternas, tales como la satisfaccion de pasiones efímeras. La frialdad, la dominacion de los sentidos, eran necesarias para una muger que queria ser grande como lo fué Livia. Apénas entró á la casa de Octavio, y supo borrar el escándalo de su matrimonio y rodearse de exterioridades imponentes. Tenia una vida sencilla, digna, y trataba de recordar á las antiguas matronas; hilaba ella misma la lana de los vestidos de Augusto, afectaba un ódio profundo hácia el lujo, que habia invadido la casa de las señoras romanas; era cásta sin exageracion. Era una matrona muy medida, con

una sencillez que era el colmo del arte, y que podia hacer creer en la realidad de todos los sentimientos que afectaba, y de ello dió pruebas un dia. A su paso, unos hombres se mostraron enteramente desnudos. ¿Fué por insultarla ó por descuido? La historia no lo dice. El hecho era grave; era un crimen de lesa-magestad. Livia prohibió que se persiguiera á aquellos audaces, diciendo: «Para una muger cásta, esos hombres no son mas que unas estatuas.» La frase es digna de una Virginia ó de una Cornelia.

Este es el lado hermoso, pero tiene su reverso. Tácito dice que era una esposa llena de facilidad, una esposa cómoda, *uxor facilis*; cerraba los ojos respecto de las pasiones y las infidelidades de su marido. Y hacia mas todavía: se presentaba ya á satisfacer la pasion que le inspiraban otras mugeres, ya á hacerla nacer.

En lo que sobre todo se parecia á su marido, era en la ambicion y la política. Tácito ha dicho en dos palabras, [*artibus mariti*] lo que no se puede absolutamente traducir sino con el nombre de Maquiavelo; era disimulada, mucho mas política que Octavio, tenia todo el maquiavelismo de Augusto; y creo que con el carácter que le reconoce la historia, y que atestiguan tambien sus imágenes, ha debido tener sobre Octavio un poder mayor que el que se cree. En esa trasformacion maravillosa del carácter violento, impetuoso, sanguinario del jóven Octavio, que llega á ser dueño de sí mismo, capaz de dulzura, de moderacion y de una hábil hipocresía, se ve la influencia de una muger.

Sabeis lo que puede la muger sobre aquel cuya existencia comparte durante muchos años; y Livia, durante 49 años, vivió con la vida de Augusto. Ciertamente tuvo grande influencia sobre todo lo que le rodeaba, y principalmente sobre

su marido. Si quereis penetrar ese carácter, recordad que era madre de Tiberio, que se ha conservado en el mundo como un modelo completo de hipocresía profunda y astuta, y que Calígula, que era su biznieta, que no la queria, pero que debía un dia alabarla públicamente despues de su muerte, tenia costumbre de llamarla Ulises con enaguas, queriendo decir que tenia la maña y toda la perfidia de Ulises.

¿Corresponden las imágenes que tenemos en los museos á las descripciones de los antiguos? ¿Cuál era su figura y esa belleza tan ponderada? En general, las facciones del rostro son una especie de espejo del alma, sobre todo cuando se trata de una alma de pasiones fuertes. Por desgracia, aunque tenemos cierto número de monumentos antiguos que representan á Livia, no hay muchos que nos inspiren entera confianza.

La imagen mas bella que de Livia existe, la tenemos en Paris, en el Luvre; es la estatua que se encuentra hoy en la sala baja, que se llama, segun creo, la sala de los emperadores, y que estaba ántes en otra parte del museo. Esta estatua, ántes de las guerras del imperio, se hallaba en la quinta Pinciana. Fué uno de los rescates dados al primer cónsul y se le quedó á la Francia. Ha sido restaurada en estatua de Ceres; las espigas que tiene en la mano son de un escultor moderno, y en la cabeza tiene una corona de flores.

Otra estatua que tiene ménos interes, porque fué hecha para una provincia, es la encontrada en Otricoli. En la curia municipal habia cierto número de estatuas colocadas de modo que hacian juego unas con otras y que representaban á la familia imperial. Se encontró, por ejemplo, en frente de Augusto á una muger vestida de sacerdotisa; es Livia, sacerdotisa de Augusto. En los nichos mas lejanos habia dos

estatuas de jóvenes; en una se reconoció á Calígula; en la que está enfrente se ha querido ver á Marcelo. Ya diremos lo que de esto deba creerse. Pero esta estatua de Livia tiene ménos interes que la del Luvre, pues Livia no fué sacerdotisa sino despues de la muerte de Augusto.

Livia, generalmente no está representada en las monedas. Las que tienen su efigie son monedas acuñadas bajo Tiberio, cuya omnipotencia compartia asociada al imperio, hasta el grado de importunar á su hijo. Algunas de esas monedas acuñadas bajo Tiberio representan á la sacerdotisa Livia con la inscripcion *Diva Augusta*, cuyo nombre debió tomar, porque Augusto le habia dejado en su testamento la mayor parte de su fortuna. Semejante testamento, segun la ley romana, constituía la adopcion, y al volverse hija de Augusto, Livia tomaba su nombre. Pero no pudo tomarlo sino despues del testamento que instituía la adopcion, es decir, despues de la muerte del emperador. Además, la medalla tiene inscrita la época en que se acuñó: se ve que data de Tiberio, del año vigésimo cuarto de su tribunado. Tiberio habia sido, bajo Augusto, diez y seis veces tribuno, y ocho siendo él mismo emperador. Livia tenia, pues, 76 años, y al ver la medalla se mira á una jóven de veinticinco.

En cuanto á los camafeos, son mas bien de cuando Livia habia llegado á la vejez, pues lleva la corona de sacerdotisa, y no obstante, sus facciones son las de la juventud. Es porque los artistas griegos que trabajaban en Roma no eran afectos á representar las enfermedades del cuerpo, ni las señales de decadencia que los años dan al rostro; tenían una manera de idealizar sus modelos que consistia en rejuvenecerlos. Hay, sin embargo, un camafeo, que reproduce á Livia, ya de edad. La papada traiciona la madurez; la cabeza

coronada de laurel, quiere decir que Livia es sacerdotisa de Augusto, pues la corona de laurel es el símbolo del pontificado. Por consiguiente, esa obra fué hecha despues de la muerte de Augusto.

Pero la estatua que está en el Luvre merece toda nuestra atención. Es un gran monumento, mas hermoso que los otros, y mejor conservado, excepto los atributos de Ceres, que han sido hechos últimamente. El peinado es bonito. Los cabellos tienen esas ondulaciones que son peculiares de las magníficas cabelleras negras con reflejos azulados de las mugeres italianas; tiene tambien una espesa corona de flores. Hay en el rostro una robustez agradable, amable, que no disimula el escultor; las facciones son bellas, el cuello tiene esas dos líneas que se llaman el collar de Vénus. Todo anuncia á una persona que ha podido inspirar grandes pasiones. La frente es neta, límpida, tersa; tiene algo de inatacable, como la pureza material del acero bien pulido; parece que ni el resentimiento ni la cólera pudieran dejar en ella huella alguna, ni que una pasión pudiese alojarse ahí, ni una idea traicionarse; es lo que se llama una frente de bronce, en el buen sentido de la palabra, una frente lista á todo y sobre todo á no sonrojarse. Los ojos son un poco saltones, no tienen la ancha cavidad de la órbita de los ojos griegos, y como los artistas griegos eran inclinados á idealizar sus modelos, supongo que Livia tenía los ojos mas saltones que los de la estatua. A pesar de esto, los ojos son hermosos, tienen armonía, tienen carácter, tienen poder, y aun una gran tranquilidad. Hasta donde la escultura deja emanar algo del mármol silencioso, se adivina una mirada que debia penetrar facilmente la de los demas, sin dejarse penetrar ella misma.

La nariz es aguileña, ligeramente levantada en el medio

de su curva, pero tiene otra circunstancia característica: las ventanas de la nariz están comprimidas en direccion del rostro. La costumbre de dominarse, se traiciona en el juego de los cartílagos que forman la extremidad de la nariz. En efecto, si en la cara humana, la parte superior de la nariz es inmóvil, la parte inferior, al contrario, se contrae con la influencia de las pasiones; hay, pues, en las ventanas de la nariz una gran expresion de cólera, de sensualidad ó de compresion moral. La nariz de Livia descubre una verdadera maldad; tiene una expresion opuesta á la del resto de la cara, que tiene gracia y respira calma. Pero llegando á la boca, la verdad se revela. Es una bonita boca, exageradamente pequeña; se pregunta uno si la verdad ha podido alguna vez salir de ella. En los ángulos de aquella boca tan pequeña, en aquellos labios tan delgados, no hay lugar para la expresion de un sentimiento, de una sonrisa, y podeis estar convencidos de que no por su voluntad un escultor del tiempo de Augusto se haya dado el gusto de hacer aquella boca tan diferente de las nobles bocas griegas bien abiertas, que presentan la célebre línea que se llamaba en tiempo de David el arco de Apolo, que era tradicional en la escultura de aquella época. En esa boca se ve algo mas que la maldad, y si en la cara de Livia alguna facción expresa la inclinacion al crimen, sin duda es la boca.

En efecto, examinad, señores, el conjunto de la fisonomía, y vereis que es á la vez serena é implacable; sentireis, al ver esa cara, algo que os oprime el corazon y que os encanta al mismo tiempo, porque reúne los dos caracteres extremos de elevacion en la inteligencia y de refinamiento en la maldad.

El encanto principal de Livia, y que la escultura no pue-

de poner de manifiesto, pero que es fácil comprender, atendiendo al tipo romano de hoy día, es el brillo, la suavidad del cutis, una flor de epidermis extendida sobre un rostro lleno, con un colorido discreto incapaz de traicionar los movimientos del corazón. El encanto de la estatua es la belleza de las vestiduras, la elegancia, la expresión de aquella virtud que se llama la virtud de las matronas. Todo esto ha sido muy bien interpretado por el escultor, si acaso todos estos caracteres no son impersonales.

Otro rasgo llama la atención: una semejanza singular con una ave de rapaña, no con el águila, sino con la lechuza, gracias á la pequeñez de la boca y de la nariz, á la forma del ojo y del arco de las cejas. Y no es que quiera decir una sátira. No creais que sea esto un tipo de fealdad como entre las razas del Norte. No es lo mismo con las razas orientales; he visto mugeres en Oriente, que tienen esta semejanza de la manera mas marcada; Lavater se detendria ante ellas, si las encontrase en la calle. Y sin embargo, eran muy bellas. Recuerdo, en Aténas, á dos jóvenes, dos hermanas de muy poca edad, que eran encantadoras, y que tenían esa pequeñez de boca y de nariz que se nota en la estatua de Livia; estas muchachas hacían recordar á la lechuza.

Desde los primeros días de su matrimonio con Augusto, Livia estuvo poseida de una ambición sin límites. No era vanidosa, ni tenía gusto por la ostentación y el lujo, sino que toda su vida prosiguió un solo fin, el poder de su marido, á quien inspiraba, y el poder de su hijo Tiberio, á quien esperaba dominar, así como había guiado secretamente á Augusto. Pero lo que amaba, tanto en su marido como en su hijo, lo que quería conservar á costa de sangre y de veneno, era la omnipotencia para sí.

Livia se casó con Octavio en 716. De este año al de 725, época en que fueron vencidos los partidos de Sexto Pompéo y de Antonio, transcurre un espacio de nueve años. Durante estos nueve años, señores, estad persuadidos de que Livia, con su prudencia, sus buenos consejos, su moderación aparente, su conocimiento de los hombres, ejerció una influencia considerable sobre su marido, cuya pasión por ella fué sin límites; pues hasta su último día Augusto estuvo ciego en cuanto á Livia (lo que es notable tratándose de un hombre tan desconfiado) y hasta el último día, tuvo sobre él un poder absoluto. Estoy convencido de que durante estos nueve años se operó la transformación del triunviro, que ántes no conocía sino un procedimiento político, matar á todo el mundo, aun á su tutor, aun á Ciceron, aun á sus amigos, desde que eran un obstáculo para su ambición. Livia comprendió que para llegar á confiscar las fuerzas de la república en provecho de uno solo, eran necesarios medios mas duraderos, y que valia mas asegurarse del corazón del pueblo despues de haber suprimido las almas viriles que se habían atrevido á defender la libertad. Observad hasta qué grado se hace sentir la influencia de Livia en las últimas guerras del triunviro. Livia es la que hace regalos á Antonio, cuando este, dueño del Oriente, llena de humillaciones á Octavio, que no está listo, y cuando Sexto cuenta con la mar. ¿Qué es lo que entónces le aconseja Livia? La astucia, la temporización, el silencio. Hace que Antonio se case con la hermana de Octavio: Antonio la echa la primera vez, y se la vuelven á enviar con regalos, con dinero y con tropas, es decir, con lo mas precioso que para él podia haber, y lo mas peligroso para Octavio. ¿Y por qué? Porque aun no están listos, porque preciso es engañar á un adversario que todavía no se puede vencer.

AUGUSTO.

5.

Julia, hija de Octavio, se promete, cuando solo tiene dos años, al hijo de Antonio Antylo, que tiene diez. Todo es diplomacia, reserva, lazo, hasta el día en que se excitan los espíritus de los romanos contra Antonio, y en que las fuerzas de Octavio son capaces de vencer. Livia es la que refrena al joven triunviro feroz é impetuoso, la que le aconseja la paciencia y la política expectante. No fué ella la que casó con el maquiavelismo de Augusto como quiere Tácito, sino él quien se casó con el maquiavelismo de Livia, y quien insensiblemente fué formado por ella, hasta llegar á ser el dueño de Roma y del mundo.

Pero, si quereis, señores, examinar hasta el fin la carrera de Augusto, vereis que de cuando en cuando se escapa de esta dominacion, que reaparece su verdadero carácter cuando Livia no está presente, y que sus pasiones lo sorprenden de improviso; al día siguiente se corrije, se modera, vuelve á la prudencia, porque la muger vuelve al marido á la línea de conducta que le ha dado el poder y que puede conservárselo. Se ve que el alma del emperador es una tela ruda, doblada, retenida, restregada, por otra tela mas suave pero tambien mas fuerte, que es el alma de Livia. La asociacion de esta terrible pareja fundó la eterna servidumbre del pueblo romano.

Ante todo esto, parece que es preciso inclinarse y exclamar: "Feliz Augusto! tiene al mundo en la mano, tiene un hogar casto, una muger que es el mejor de los consejeros y que le sugiere una política admirable, que lo ayuda á desbaratar las conspiraciones, que le advierte lo que valen los hombres, que separa á los que son peligrosos, y que le indica los que debe escoger y que le pueden ser útiles. En fin, la antigua leyenda romana de Numa que consulta á la ninfa Ege-

ria, se ha convertido en realidad. Egeria, es Livia, y parece que el emperador tenga en la tierra la felicidad mas perfecta á que puede aspirar un soberano absoluto, la tranquilidad en el exterior y en el interior, la paz en el imperio y en su casa.»

Pues bien, señores, ahí es donde es preciso buscar el contrapeso moral, y donde es necesario descubrir el castigo, no el castigo en la persona de Livia, puesto que hasta el último día, Octavio y Augusto, confundidos en uno solo, estarán deslumbrados por Livia y ciegos respecto de sus defectos y sus crímenes. El castigo consistirá en los crímenes que Livia va á cometer, unos tras otros, para desbaratar todos los apoyos de Augusto, para suprimir lo que este tiene de mas querido, su raza y la herencia dinástica, hasta que llegue á su objeto; cuando el emperador se convierta en un obstáculo, Livia hará desaparecer al mismo emperador, algunos días ó algunos meses antes de la hora marcada por la naturaleza.

Nueve obstáculos cierran á Tiberio el camino del trono. No es Livia la que los ha sumiprido todos, la fatalidad tambien le ha ayudado; pero en seis, ella ha ayudado á la fatalidad. Livia no entró sino tarde en la via de los crímenes domésticos. Durante los primeros años de su matrimonio, podia esperar el tener hijos de Augusto. Este no fué dueño del mundo sino á la edad de 35 años; varios años fueron empleados necesariamente en pacificar los espíritus, en afirmar el porvenir, en disciplinar al senado. Esto bastaba para satisfacer los sueños de Livia, y su espíritu no se preocupó con motivo de la sucesion de Augusto. Pero el día que Augusto empieza á envejecer, ella que se siente siempre joven y capaz de llegar hasta el fin del siglo, se pregunta qué será de ella cuando uno de los herederos legítimos de su marido, cuando